

Veinte años van a cumplirse pronto de aquellos días en que los primeros girones de la República derrotada cruzaban la frontera española y se internaban en Francia. Pocos meses después, llegaban algunos de ellos a México: llegaban y encontraban aquí unos inmensos brazos, un ancho corazón fraternal. Dos años más tarde, nacía ~~la revista~~ la revista "Cuadernos Americanos". Si México fue para los republicanos españoles el regazo de una segunda patria, "Cuadernos Americanos" ha sido, desde su primer número, una tribuna abierta a su pensamiento, más aún, una trinchera dispuesta para su lucha. Como no rendirle, pues, en esta ocasión, una emocionado homenaje <sup>de gratitud</sup> y como no rendírsele también a su ilustre ~~y generoso~~ director, don Jesús Silva Herzog? Los intelectuales españoles que salimos al destierro y, con nosotros, el pueblo español, que nunca aceptó la dictadura de Franco, no olvidaremos jamás la generosa colaboración de "Cuadernos Americanos".

Pero el tiempo ha creado, como no podía ser menos, profundos y complejos fenómenos entre la emigración republicana. Gran parte de ella ha experimentado un cambio radical en su condición social. Muchos emigrados políticos han prosperado económicamente; poseen en México lo que nunca poseyeron en España, y ello les hace mirar con más atención sus intereses de aquí que el desarrollo de los acontecimientos <sup>por ejemplo</sup> ~~en España~~ allá. Yo no les censuro tal <sup>conducta</sup> cosa. Preferiría, claro está, que ~~no se~~ <sup>se</sup> hubiese producido, y trato de explicármela por la falta de contacto directo con <sup>otra</sup> ~~los~~ <sup>la tierra, las gentes y</sup> los problemas <sup>de</sup> españoles, con la vida española, por el debilitamiento del entusiasmo y de las convicciones políticas a lo largo de un exilio tan prolongado, y, finalmente, por la influencia del medio, donde han <sup>hallado</sup> ~~encontrado~~ estímulos y posibilidades desconocidos antes por ellos. Pero entiendo, y entendí siempre, al mismo tiempo, que el asilo que <sup>un día</sup> ~~tan liberalmente~~ <sup>concedió</sup> nos ofreció México tenía, entre sus muchas liberalidades, una

exigencia: no olvidar a España, no olvidarnos de que dejamos a España sumida en la tragedia y que nuestro deber es contribuir a ~~que se libere~~ <sup>o quizá por ello mismo -</sup> ~~ración,~~ <sup>Contrajimos</sup> ~~ne de ella,~~ independientemente de los otros deberes que ~~tenemos contra-~~ ~~idos~~ con México. Por eso, algunos de nosotros, que amamos apasionadamente a México y <sup>que</sup> hemos procurado servirlo y analtecerlo desde nuestra llegada, no hemos dejado, a la vez, de asistir y defender a nuestro pueblo con aquellos recursos y mediante las formas que el propio trabajo de cada día nos deparaba. Por eso, esta noche, queridos amigos, van a permitirme que traiga aquí, una vez más, el nombre de España, su nombre cruzado de agonías y resurrecciones; su larga herida no cerra aún.

El problema de España sigue siendo un problema vivo. Tan vivo, que, a veces, cuando por ~~esta~~ <sup>una u</sup> otra razón vuelve a proyectarse en la opinión pública por medio de los periódicos o por otros conductos, nuestros amigos de todas las latitudes se estremecen y agitan de nuevo, como en las lejanas jornadas del Ebro, de Madrid, de Teruel. En ocasiones, sin embargo, algunas gentes se muestran <sup>como</sup> sorprendidas de que España, después de veinte años, y a la hora en que tantos países se están sacudiendo el yugo de las dictaduras, no se haya sacudido todavía el suyo. <sup>La respuesta que</sup> Yo suelo <sup>en estos casos es muy clara:</sup> darles esta respuesta: la guerra de España costó un millón de muertos, y casi otros tantos supuso la represión que como terrible represalia se desató después. En esa inmensa pira se consumieron los españoles más valerosos, más conscientes, más abnegados, los que podrían haber encabezado de nuevo el movimiento de liberación, sin contar el núcleo considerable que salió al destierro. En esas condiciones, después de una guerra civil tan cruenta y tan larga, con una situación internacional permanentemente desfavorable, ¿cómo extrañarse de que un pueblo tarde en levantarse, en recuperarse, en encontrar otra vez su camino?

Pero ahora quiero añadir a esa respuesta: <sup>estas otras palabras:</sup> ya se oyen cantar, como en el verso de Machado, los gallos de la aurora. En España, es cierto, subsiste la dictadura, su política, sus métodos represivos - no hay más que aso-

marse a los periódicos estos días para comprobarlo- pero en torno a ella todo ha cambiado, todo está cambiando. Asistimos a una indudable radicalización de las masas populares, a una activización política de su conciencia y de su voluntad, que se refleja en multitud de luchas, pequeñas o grandes. Estos hechos asombran a muchos viajeros extranjeros que, al llegar a España, en lugar de encontrar un pueblo silencioso y agobiado por la opresión, como ellos esperaban, tropiezan a cada paso con los comentarios políticos más abiertos y audaces, con un estado de ánimo muy distante de la resignación y del abatimiento. Las huelgas de los últimos tiempos y los movimientos populares como el del 5 de mayo pasado, han removido hasta las entrañas los grandes sentimientos de libertad del pueblo español. Han surgido en el país diversos grupos de oposición, desprendidos, en gran parte, del propio régimen. Incluso, elementos que aun tienen un pie en el campo franquista, colocan el otro en campos distintos, convencidos de que la dictadura se encamina a su fin. La clase obrera actual está mucho más próxima, en punto a conciencia y a combatividad, a la clase obrera de los años 33, 34 y 35 que a la de los años 43, 44 y 45, y es una clase obrera que no se resigna ni soporta ya la situación que prevalece en España, y lucha por sus <sup>objetivos</sup> reivindicaciones económicas, por sus libertades. Algo parecido podría decirse de los campesinos, de los artesanos, de los profesionistas, de los intelectuales. *Los intelectuales no han sido ajenos al drama de España: por el contrario, en una considerable proporción se han manifestado frente a él, le una o de otra manera.* Yo tengo particular interés en fijar aquí algunos rasgos de la contribución que los intelectuales han dado a la lucha española. En todo lo que va de la década del 50, por lo menos, hay constancia explícita de ellos. Claro que ciñéndonos ~~demasiado a ese plazo, tampoco~~ ~~los hombres que realizan labores~~ ~~del espíritu~~ siado a ese plazo, ~~tampoco~~ no daríamos con las verdaderas raíces del fenómeno. Hay que ir más atrás, mucho más atrás. Por ejemplo, en el campo de la literatura y, dentro de ella, en el de la poesía muy especialmente, encontramos ya en 1940 expresiones de íntima protesta que, aunque iasladas y escasas, no dejan de tener valor. De ese año precisa-

mente son estos versos, arrancados de un largo poema que por entonces se publicó en volumen:

Y paso largas hora preguntándole a Dios, preguntándole  
por qué se pudre lentamente mi alma,  
por que se pudren más de un millón de cadáveres en esta ciudad

(de Madrid.)

De ahí no pasaba la queja. Era una queja y nada más. Pero si nos detenemos a considerar el instante en que se emitía, acaso no nos parezca insignificante. Es verdad que, desde esta época hasta siete u ocho años después, la poesía y, en general, la literatura española se consagraron, casi por entero, a cultivar la línea del formalismo, una línea neutra, apartada de las realidades vivas, de los acontecimientos humanos; pero esa línea era la única que, dadas las terribles condiciones que a la sazón privaban en España, podía tener vigencia. Fue el momento de los garcilasistas, de los orfebres de la ~~íax~~ imagen. Los que tenían cargadas las entrañas de odio y de pasión española preferían callar. O, si hablaban, lo hacían tan tímidamente, que apenas podía escuchárseles. De cualquier manera, sus palabras llevaban ya, bajo la piel inocente, la sangre de la protesta, de la denuncia. Nosotros, sin embargo—y al decir nosotros me refiero a los intelectuales españoles que vivimos en el exilio—no supimos valorar justamente ni una ni otra <sup>cosa</sup> ~~fenómeno~~. Estábamos un poco ciegos. Y era lógico. Ciegos por el deseo de desquite, por el anhelo de reconquistar lo perdido, y no sabíamos percibir claramente, en medio del conjunto casi desolado, aquellas expresiones de disconformidad que, por pequeñas o débiles que fuesen, eran ya el germen de un futuro más elocuente. Y del <sup>este</sup> ~~mismo~~ modo, estuvimos muchos años rechazando todo contacto con la vida intelectual de España, negándonos a cualquier requerimiento de colaboración que desde el país se nos hiciera, en lugar de aprovechar las posibilidades que se nos brindaban de establecer contactos e influir,

en alguna medida, con nuestro pensamiento. Confundíamos lamentablemente el régimen con los que ya eran en potencia sus opositores.

Primero, repito, fue el formalismo, el escapismo, la trinchera inocua en donde poder resistir los embates y las asechanzas de todo un poderío feudal, <sup>miformado</sup> ~~encamisado~~ de fascista y dispuesto siempre a suprimir con el hacha el menor brote de rebeldía. Más tarde, fue el sentido de responsabilidad que empieza a golpear con fuerza en la conciencia, a compás de los acontecimientos nacionales y bajo la presión del afrentoso yugo. Por último, la decisión de expresarse, con más o menos veladuras, contra la iniquidad dominante. Recordemos, no más, los nombres de Gabriel Celaya, Blas de Otero, Angela Figuera y tantos otros poetas y escritores.

El resurgir de la conciencia política y patriótica entre los intelectuales españoles ha sido, pues, un proceso lento y largo, como no podía menos de suceder bajo la naturaleza del fascismo. Un proceso que no está <sup>novela, al teatro, al ensayo,</sup> vinculado solamente a la poesía, a la ~~literatura~~, sino a otras actividades de la vida cultural: la pintura, el cine, la Universidad, la escuela, etc., en las cuales no voy a detenerme ahora. Pero quién no recuerda, por ejemplo, películas como "Bajo el cielo de Madrid", "Bienvenido, mister Marshall", "La muerte de un ciclista" y otras, que, al proyectarse en México, nos llenaban de estupor?

De la misma manera, no hay que ver este resurgimiento como un fenómeno aislado. Eso sería una apreciación errónea. Hay que verlo como la resultante de un proceso general de la lucha, en que el pueblo inició los combates. Los intelectuales, por sí solos, apenas hubieran podido levantar cabeza, aunque sintieran estímulos para ello, no sólo en las dificultades materiales, en la opresión y la amenaza que todos los españoles sufren, sino en el estrangulamiento espiritual a que se ven sometidos, en la falta de libertad para crear y en la penuria de medios para desarrollar su trabajo profesional. El movimiento de oposición, ~~de protesta, de lucha~~, que hoy contemplamos, el anhelo unánime que en España se levanta exigiendo

un cambio de régimen, es la consecuencia de millares de pequeñas escaramuzas con que los trabajadores y el pueblo han ido preparando, a lo largo de todo este tiempo, los grandes dispositivos.

Y así desembocamos en los tres últimos años, que pueden considerarse ya decisivos en la historia de las luchas antifranquistas. Son los años en que los estudiantes, vanguardia juvenil, irrumpen <sup>en</sup> las calles defendiendo sus derechos contra el régimen, y apoyan en las ciudades más importantes movimientos populares que estremecen los cimientos de El Pardo, y se congregan en grandes manifestaciones ante el cadáver de Ortega y Gasset, leyendo públicamente aquellos textos del filósofo que puedan significar una condenación de la dictadura, y se enfrentan valerosamente a los gamberros de la Falange, hasta obligarlos al fracaso al intentar nuevos crímenes colectivos. Son los años en que los intelectuales más ilustres—Menéndez Pidal, Marañón, entre ellos—se solidarizan con los estudiantes y se atreven a elevar sus protestas al gobierno, y en que algunos escritores enjuician severamente al régimen en declaraciones aparecidas en ~~revistas~~ <sup>periódicos</sup> extranjeras, que les valed ser encarcelados, y exigen la reaparición de las revistas arbitrariamente suspendidas por las autoridades franquistas, y se reúnen en congresos, a despecho de las prohibiciones y amenazas del régimen, para discutir sus problemas, lo cual quiere decir para luchar contra las férreas mordazas que <sup>el mismo impone</sup> soportan. Son los años, en fin, en que se desata una verdadera polémica ~~en toda la vida cultural del país hay un ambiente de indignación~~ pública en torno a la figura de don Marcelino Menéndez y Pelayo que los escritores del Opus Dei, siguiendo los ~~dictados~~ designios de la dictadura, se empeñan en presentar como un antecedente del "glorioso Movimiento, y que los escritores liberales, democristianos, incluso católicos de tendencia más abierta, logran restituir a sus verdaderos términos intelectuales, propinando con ello una ~~seria~~ derrota al régimen. En toda la vida cultural del país, hay un ambiente de indignación, una vo-

luntad de alzarse contra la falta de libertad, contra el lamentable retraso en que la cultura se halla, contra la indigencia de medios que pesa sobre ella, mientras el Estado dilapida los millones en la preparación de aventuras bélicas y en engordar la ~~XXXXX~~ bolsa de los generales y de los jerarcas que todavía lo asisten.

Pero entre todos estos acontecimientos, acaso el de mayor trascendencia es la aparición de la nueva generación, que muchos suponían contaminada de las seudoctrinas falangistas y que está resultando, por el contrario, una saludable aportación a la vida española. Esta nueva generación, que no vivió la guerra aunque sí muchas de sus consecuencias, se muestra dispuesta a cerrar el ciclo de las luchas civiles y postula la convivencia de todos los españoles. Quiere una España donde quepan todas las ideas y tendencias y donde la discusión pacífica <sup>de los problemas,</sup> sustituya a la violencia. Ya ~~hace años,~~ <sup>hace unos pocos años,</sup> en la Universidad de Valladolid, dió pruebas de esta noble aspiración al oponer al "dialogo de las ~~psitolas~~ <sup>Arrese,</sup>", que seguía pidiendo insensatamente el ministro falangista ~~Arrese~~ el dialogo de la concordia y de la reconciliación. Con este deseo de la nueva generación coincide la inmensa mayoría del pueblo español. El pueblo español quiere también cerrar el periodo de la guerra civil; quiere que desaparezca el régimen de Franco, pero sin violencias, sin nuevas pugnas sangrientas; quiere, en fin, que todos los españoles volvamos a reunirnos en el ámbito de la patria, reincorporada al ejercicio de la libertad y de la democracia, pero para levantar sólidos muros de grandeza, no para destruirlos. El único interesado en mantener la discordia y las heridas de la última guerra es Franco. <sup>Y es comprensible: es el clima más propicio para prolongar su oscura hegemonía.</sup> Pero la política de reconciliación acabará imponiéndose, forjando la unidad de todos los españoles frente al reducido grupo de los usurpadores. Y yo creo que esta política, que emana del pensamiento español más rico y progresivo, además de ~~derribar a Franco~~ <sup>contribuir a la</sup> ~~de~~ derrotar a la dictadura, ~~va a~~ <sup>puede</sup> resultar a la ~~postre~~ <sup>verdadero</sup> un instrumento de educación. La España en que nosotros hemos nacido es todavía

una España signada trágicamente con la sangre de largas guerras civiles. Retrocediendo en el tiempo, ~~xx~~ no sólo en lo que va de siglo XX con nuestra última contienda que costó un millón de vidas, y no sólo en el siglo XIX, todo él encendido de morriones liberales y boinas carlistas, sino en el XVIII con la llamada guerra de sucesión, y en <sup>el</sup> XVII con la sangrienta expedición del conde-duque contra Cataluña, podemos hallar ese rastro de dolor y de muerte. Es verdad que, en lo más íntimo de esas dramáticas pugnas, bajo sus apariencias meramente banderizas y muchas veces de simples disensiones dinásticas, latía la rebeldía social, el anhelo popular por resolver los graves problemas seculares que siempre aquejaron a España, por llevar a cabo la revolución que ya en otros países había sido impulsada; pero debemos reconocer que, en no pocas ocasiones, tales luchas alcanzaron formas verdaderamente feroces y dejaron una estela de rencor que, prácticamente, hacía imposibles los beneficios de la paz. No es extraño, por eso, que los españoles más sensibles, de pensamiento más generoso y avanzado, llegaran a sentir verdadera angustia ante los sufrimientos de una patria que nunca parecía dispuesta a cancelar sus ciclos de sangre y aniquilamiento. En Quevedo podemos encontrar ya anticipaciones de ese estado de ánimo. Pero donde el mismo empieza a precisarse con mayor claridad es en don José de Cadalso, escritor del siglo XVIII, muerto en el ataque a Gibraltar; en Mariano José de Larra, que pasa su breve vida clamando por elevar y humanizar la vida de España; en Joaquín Costa, el de los remedios casi desesperados; en don Francisco Giner de los Ríos, cuyas tendencias a la europeización no eran en lo esencial sino prédicas de convivencia; en Ramón y Cajal que, a través de la ciencia y la investigación, buscaba el cuerpo dolorido de España; en Galdós, que observó amorosamente—y amorosamente noveló—un siglo entero de acontecimientos nacionales y quiso hacerlo poniéndose por encima de las facciones; y, finalmente, en otros muchos hombres ilustres, entre los cuales no hay que olvidar a algunos de la llamada generación del



98, que también quisieron, a su manera, propiciar una vida distinta entre los españoles. "¿Dónde está España?", fue el grito reiterado de unos. "¿Qué es España?", fue la pregunta insistente de otros. Y, aunque grito y pregunta parecen desorbitados tratándose de españoles, en su intención tienen la más ceñida coherencia, porque lo que quienes dicen en sustancia es: convivencia. Centurias enteras ha vivido España sin lograr que sus hijos entablaran el diálogo, y no ciertamente por culpa de los más humildes y necesitados. Las fórmulas de entendimiento parecían vedadas para los españoles. Su clima natural era el de la violencia, sobre todo si lo referimos a aquéllos que, por no perder uno solo de sus privilegios, preferían mantener el reloj de España en retraso de muchas horas. Galdós dice, aludiendo a nuestras prolongadas luchas, que los españoles somos parecidos a las salamandras, que, aun viviendo cerca del fuego, nunca acaban de quemarse. Podría añadirse que ese temple extraordinario necesitaba permanentemente de lo heroico para tener un escape; pero cuánto mejor hubiera sido que el cauce por el que discurriera muchas veces fuese el del trabajo pacífico, el del entendimiento y la concordia. Por eso, <sup>ello</sup> repito, es posible que la política de reconciliación sirva, desde ahora, en la perspectiva del futuro, para establecer un espíritu de convivencia civil, para enseñar y enseñarnos a dialogar, para crear entre nosotros una disposición, un modo de comportarnos, favorable al diálogo antes que a la agresión.

Finalmente, deseo redondear la respuesta que antes intenté con estas otras razones: el problema de España, cuya solución no está lejana, hubiese sido ya resuelto si, de un lado, los grupos de oposición y todas las fuerzas políticas hubiesen logrado la unidad de acción, y si, de otro, los EE.UU. no siguiesen empeñados en apuntalar el régimen y en hacer de España una colonia de sus intereses y apetitos. Se diría que aquéllos que entorpecen lo primero no sienten gran urgencia en que desaparezca lo segundo, y, sobre todo, no se percatan de los graves peligros

que entraña la presencia de los yanquis en España. Porque las bases que el ejército norteamericano ha construido en la península-bases para armas atómicas y nucleares, como nadie ignora-no representan sólo una ofensa a la soberanía nacional: representan una terrible y constante amenaza para la vida misma de España. De esas bases <sup>consecuentemente,</sup> salieron algunos de los aviones que invadieron el Líbano el año pasado. De esas bases pueden partir, otro día, ~~consecuentemente,~~ aviones que vayan a bombardear un país o unos países determinados. Y, como es lógico suponer, las represalias contra España no se harían esperar en ese caso. Es decir, que, sin amenaza alguna que penda sobre España y sin que los españoles sean consultados, nuestro país puede ser utilizado como base de agresión contra unas naciones que ningún daño le han inferido, y expuesto, por tanto, a las consecuencias de ~~tal~~ ataque. Este es, sin veladuras, el enorme peligro que Franco ha creado a España. <sup>por ello</sup> ~~Por eso~~ urge alejarlo <sup>de España tal peligro.</sup> de allí. ~~Por eso~~ <sup>Y urge en primer término,</sup> ~~es imprescindible~~ el entendimiento entre las fuerzas opositoras del régimen. Si la paz está amañezada hoy en muchos lugares, <sup>del mundo,</sup> en España lo está de <sup>modo</sup> ~~manera~~ muy particular, por la <sup>existencia</sup> ~~presencia~~ de las bases yanquis. Hay que devolver a España su libertad, <sup>sobre todo</sup> ~~si,~~ pero ~~antes~~ hay que salvarla de la muerte.



↙ a pesar de que en su discurso de fin de año haya reclamado para sí, modestamente, ~~uso~~ <sup>su título</sup> el título de salvador de la patria, como en tantas ocasiones, sino más modestamente aún el de salvador de la llamada civilización occidental.